

# Semblanza de Mañach

**N**ACE EN SAGUA LA GRANDE, EL 14 DE FEBRERO DE 1898 y muere en San Juan de Puerto Rico el 25 de junio de 1961. Su padre es un español que ejerce como notario, se destaca en la oratoria e interviene activamente en la política peninsular. Tanto le duele a Eugenio Mañach la independencia de Cuba que acaba por regresar a España a establecerse con su familia. Primero viaja él solo y deja a sus tres hijos varones, a los mayores y al pequeño que acaba de nacer, bajo la tutela de su esposa, una criolla bellísima, nieta de un italiano capitán de navío, y que se llama Consuelo Robato.

Consuelo Robato y sus hijos vienen al encuentro de don Eugenio en 1907, cuando nuestro futuro escritor ha cumplido los nueve años. Pasa una temporada corta en Madrid y toda la familia se traslada a Tembleque, pueblo de la provincia de Toledo, entonces tan apacible, tan limpio y señorial como ahora. Cuando mucho tiempo después, en 1951, haga un viaje a Europa luego de largos años sin cruzar el Atlántico, al pisar tierra española le faltará el tiempo para correr a Tembleque. En 1955 hará en Madrid otra estancia fugaz. Se alojará en el hotel Emperador y a las pocas horas de llegar, sintiéndose indispuerto los amigos llamarán al médico, que diagnosticará pulmonía. Yo era entonces un estudiante feliz alojado en el Colegio Guadalupe y ejercía a la vez como corresponsal del periódico *El Mundo*. No hice más que entrar en la habitación de Mañach, me invitó a compartir su merienda y no me había acomodado en la butaca frente a la suya cuando me participó su decisión de ir a Tembleque al día siguiente. ¡Pero usted está loco! ¡Si todavía tiene fiebre! Inútil hacerlo desistir. Fue a Tembleque como se había propuesto y tomó el avión de La Habana unas horas después muy ufano de su proeza.

En 1956, cerrada la Universidad de La Habana, fracasado el partido político que intentó fundar, el Movimiento de la Nación Cubana, se estableció en Madrid durante tres años. Vivió al principio en el hotel Princesa y de inmediato se instaló en el Tirol, Marqués de Urquijo número 4. Lo

*Mario Parajón*

recuerdo con un bastón y una boina, lleno de entusiasmo, feliz de asistir a las reuniones de la Academia, gozando de la tertulia de José María de Cossío en el café Lyon a las tres de la tarde. Don José María ha sido el más exquisito catador de versos de cuantos he conocido y no daba permiso para que en su mesa, como la llamaba él, se hablara de otro tema que no fuera el que viniese arropado por estrofas. Mañach disfrutaba intensamente aquel banquete de ritmos y rimas clásicas, así como la compañía de don Gregorio Marañón, de Dámaso Alonso, de don Pedro Laín o la de Marías en el local de la *Revista de Occidente*. Era generoso reconociendo los méritos de los demás y se sentía feliz hablando de literatura y de filosofía, así como viajando por el interior de España. En su libro *Visitas españolas* dejó constancia de algunas de esas excursiones. A Tembleque, por supuesto, acudió varias veces.

El artículo en que resumió la emoción que le causaba volver una y otra vez a este bendito pueblo, es una página que no pienso ponderar porque ella se basta y se sobra para suscitar todos los contentamientos. Lo que sí quiero es no pasar por alto cómo en ella se apodera el alma de un niño recién llegado de Cuba del espíritu de la raza de sus antepasados. Mañach toma posesión entrañable de la tierra de su padre. Intuye qué rica sustancia, qué nobleza de abo-lengo, qué entereza y sabiduría de pueblo y qué ánimo sosegado se esconde tras las faldas negras de las mujeres, los bigotes lacios de los ancianos y las paredes enjalbegadas de las casas. El «blanco muro de España» le proyecta todo su resplandor y se le enreda a su andadura para acompañarlo siempre. Pero no lo fascina ni lo paraliza en el gesto inútil del éxtasis. El niño que corre por las tardes al huerto familiar, le verá su cara y su cruz a la España tan amada así como a Cuba también le verá su anverso y su reverso. Mañach fue siempre comprometido y entregado, pero nunca se abandonó al culto de ninguna realidad.

El amor a España se le fue acendrando con el paso de los años. En la temporada larga que vivió en Madrid casi en vísperas de muerte, escribió sobre el paisaje de España y el carácter de los españoles, páginas que cuentan entre lo más valioso de su obra. Yo creo que todo hispanoamericano, así como todo español, si quiere llegar a ser quien es está en la obligación de ponerse de acuerdo consigo mismo con relación a España si es lo primero y a Hispanoamérica si es lo segundo. Para Mañach España es la que inculca en Hispanoamérica la vocación de la integridad. Hispanoamérica es flexible, imaginativa, creadora, poética, sentimental, intuitiva, muy vital y romántica. España tiene los pies en la tierra, le sirve de arbotante al hispanoamericano, le regala signos de expresión en una lengua pasada por el obrador de ascetas, místicos, cronistas de allende el mar, poetas líricos y narradores excelsos. El español de la mejor casta intenta que su vida no se disperse, sino que se unifique; y parece tocado por la fortaleza y la sensatez de los héroes de la reconquista. Además, la realidad española, sobre todo la popular, parece hecha de una bohomía y un encanto natural que Mañach goza como nadie. De ahí el entusiasmo que le despierta una castañera, un cura de pueblo gruñón, un gallego (su abuelo materno) que funda una alcoholera y le pone por nombre *El infierno*; y si hemos de pasar de las personas a las cosas, difícilmente encontraremos en

Mesonero, en Luis Taboada, en los autores clásicos o en los Cronistas de la Villa, una descripción de la horchata de chufas como la hecha por ese Mañach sediento que le canta a la gloria del refresco castizo el himno que ningún madrileño ilustre le ha entonado.

Esta asimilación de lo hispánico la realizó Mañach en Tembleque. Sabemos que regresó después a Cuba y que ya en 1914 se encuentra en Boston. Estudiará en Cambrigde High School y de inmediato en Harvard. Y si en España aprendió que el hombre está llamado a ser y que ser equivale a ser consistente, en Boston supo que no hay persona lograda como tal para quien la teoría, la belleza, la vida social y política y la pregunta incesante por lo religioso no le ocupe la mayor parte de las horas de su existencia.

El Harvard de esa época está impregnado por la enseñanza de tres maestros: Josiah Royce, Jorge Santayana y Pierce. Royce, como buen norteamericano, es un metafísico que le teme a las disquisiciones y a los matices excesivos del razonamiento escolástico. Empeñado en que la filosofía sea una ciencia práctica, Royce coloca la pregunta por el comportamiento humano a la altura de la que interroga a las cosas para que develen su ser. Por eso, si fuera necesario elegir tres términos para caracterizar de un plumazo el conjunto de su obra, nos encontraríamos con: el idealismo, el espíritu práctico y la fidelidad. Si se lee atentamente uno de los mejores libros de Mañach —el *Examen del qui-jotismo*— descubrirá quien lo haga cómo Mañach se debate valientemente con los dos extremos de la cadena: cómo no renuncia a ser idealista y cómo descubre que un ideal desconectado de la realidad, imposible de ser llevado a términos concretos, sólo conduce al desastre. Yo he soñado varias veces que los cubanos jóvenes de los años 50 amanecen una mañana con un ejemplar del *Examen del qui-jotismo* junto a la cama. Que lo abren, que lo leen, que lo discuten en sus reuniones. Sé lo que ocurre entonces: no se produce lo que se ha producido en las últimas cuatro décadas. Éste no es más que un sueño fracasado, pero que alimenta otro aún por venir: que los jóvenes del año 2000 sí lean el *Examen del qui-jotismo*, sí sepan lo que hay en ese libro, y sí hagan suya la lucidez de Mañach para curarse en salud de los falsos idealismos y descubrir penosamente los idealismos buenos.

La tercera palabra de Royce pasó al espíritu de Mañach como si fuera el grano perfecto para dar fruto en esa tierra: fidelidad. Hablando de su abuelo materno, Mañach se enorgullece repentinamente y deja escapar esta expresión: «Su palabra como una escritura». Se preocupó por hacerse de las convicciones fundamentales que afectan a todo vivir y no dejó ni un instante de serle fiel a las suyas. Liberal de nacimiento, eligió la mejor tradición que la cultura occidental conoce, la ilustrada, para que no hubiera decisión suya que no fuera razonable. Hablar con Jorge Mañach era asistir al espectáculo maravilloso de un hombre que piensa en voz alta y que se siente obligado a justificar todo lo que dice. Nunca arbitrario, nunca exagerado, nunca injusto, nunca propasándose en la seguridad en sí mismo, de tal manera que lo vi rectificar no una, sino varias veces, excusar a algunos de los adversarios que lo habían atacado y lamentarse de haber aceptado el Ministerio de Relaciones

Exteriores. Fiel a su liberalismo, no aceptando otro estado que no fuera el de Derecho y condenando públicamente todo acceso al poder que no pasara democráticamente por las urnas y por la legalidad constitucional. Fiel a sus amigos, afable y muy cordial en su trato, un día me dijo que a los hombres se les conocía por la manera que tenían de tratar a las mujeres. Ya ella, a Margot Baños, le oí decir una tarde en un arrebato instantáneo de explosión confidencial, que Jorge era como esposo la finura en persona. No se me olvida con qué tono de voz añadió: «¿Sabes? Cuando llegan a la vejez no tienes idea de lo mucho que se quieren las parejas».

Por estos caminos llegó Mañach a la clave de toda fidelidad: la que consiste en hacer seriamente todo lo que se hace infundiéndole a cada uno de sus actos una rúbrica de estabilidad y permanencia. Así fundó una familia sometido al régimen de tres artículos a la semana, varias horas de clase, un programa de radio en que fungía de moderador y otro dominical destinado a una difusión popular de la cultura, eso aparte de sus conferencias y las horas de la noche destinadas al estudio y a la redacción de sus ensayos. Y ocupó una cátedra de Historia de la Filosofía encontrando tiempo para leer y releer a los maestros y preparar cada una de sus clases. Si se repasan los dos mil artículos (más de dos mil) que deja en revistas y periódicos, se verificará la importancia de muchos de ellos y cómo merecen ser recogidos en libro. Fiel a sí mismo en esta dimensión de los quehaceres, supo serlo por último en la radical de su ser, ya que no sólo fue sincero, sino veraz.

Creo que Santayana lo ayudó a descubrir su amor a la belleza y por supuesto que no me refiero sólo a la de la obra de arte. Mañach ha sido el primer cubano que no olvidó nunca ni en un gesto, ni en un párrafo, ni en una conversación, ni en el trato con los amigos ni con los alumnos, que todo lo que se hace en este mundo ha de encontrar el cauce de una forma.

Tal sentido de la vida como arte le sirvió de mucho cuando al mediar la década del veinte escribió sus primeras glosas. Ese primer Mañach no fue esteticista, pero sí alguien que se enfrentó a la realidad desde una actitud estética. Habría mucho que decir sobre lo que significa ese impulso inicial. Ese Mañach juvenil del *Glosario* y de las *Estampas de San Cristóbal*, inseguro aún del terreno que pisa, prudente, enamorado no sólo de las realidades sino de la realidad, ufano, orgulloso de un estilo literario que estrena mostrándolo al público con algún énfasis disculpable, ya esgrime el arma que no se le caerá jamás del cinto: el estilo.

Un hombre que tiene estilo es alguien que se representa a sí mismo y que no hace nunca el papel de histrión. El estilo es el resultado de un aviso de la conciencia escuchada. El hombre se vuelve más lúcido. A lo largo de las páginas del *Glosario* y de las *Estampas*, se ve cómo el joven escritor va encontrándose a sí mismo a la vez que a la realidad cubana. Es importante este crecimiento armónico de un yo que nunca se desmesura y de una realidad exterior que nunca invade ese yo.

No voy a seguir ahora toda la trayectoria de Mañach. Le preocupó el pasado cubano, sin la memoria del cual no hay porvenir posible; procuró por

todos los medios a su alcance que el cubano viviera mirándose vivir y reflexionando en las consecuencias de sus actos; no hizo jamás ni un adarme de concesión a ninguna dictadura; fue hasta cierto punto un hegeliano al pensar que se avanza en la historia merced a un juego de contraposiciones, pero su manera de ver la dialéctica fue mucho más la que considera las fuerzas opuestas que se complementan y no las que luchan violentamente.

Si se me pregunta dónde yo pienso que reside su gran originalidad, su aporte decisivo a la cultura cubana, yo diría que en dos cosas: la primera, en haber elevado la vida cotidiana del cubano a una altura que urge recuperar. Y la segunda, para mí importantísima: en haber desarrollado su vocación de hombre íntimo que invita a los demás a tener también una intimidad. No hay amor posible ni a sí mismo ni al prójimo si se está huérfano de esos jardines interiores cada uno recogido en su clausura. Al cubano le han faltado, de tal manera que se podría escribir una historia de nuestra narrativa al hilo de esa carencia. Puede ser que alguno de los desastres nacionales se encuentren en el vacío de esa dimensión de la existencia sólo en apariencia tenue. Mañach es quien inaugura entre nosotros la exploración en el arcano del alma. Lo hizo con Martí, no sólo en la biografía, sino en *El espíritu de Martí*, uno de sus libros mejores y en las docenas de semblanzas publicadas en el *Diario de la Marina* y en *Bohemia*.

Creo que a partir de ahí, de esta manera que tuvo de hacer del otro el objetivo de su complacencia, su estudio y su escritura, se puede considerar el conjunto de su obra. El día que ésta sea leída por una inmensa mayoría de cubanos, cuando hablemos de Luján como de un amigo y hagamos un recorrido por la isla con el *Glosario* en la mano, quizás hayamos dado un paso en la ganancia de esta interioridad.



Carlos Alfonzo. Cerámica. *Swan*. (1985)